

# La filosofía hoy

AUGUSTO PESCADOR SARGET

Profesor Emérito de la  
Universidad de Concepción

Al hablar de la filosofía de hoy no nos podemos referir a un día o a un año determinado, sino a los temas y problemas que preocupan a los filósofos en la segunda mitad del siglo, los que, en su mayoría, tienen un origen anterior.

Los fundamentos que generan los nuevos pensamientos es preciso buscarlos en los cambios de orientación y perspectiva que toma la filosofía en los últimos años del pasado siglo. En el presente siglo parece que hemos asistido a una iniciación filosófica, porque los problemas que, conscientemente, se plantearon los filósofos eran, a primera vista, tan diferentes de la filosofía histórica, que parecía que los filósofos no tomaban en cuenta el pasado más que por sus fracasos. Hoy parece que estamos asistiendo, como a finales del siglo XIX, al fin de la filosofía, pero por motivos diferentes que en esa época, por la técnica que todo lo arrolla y porque los filósofos, en su mayoría, consideran que su tarea es comentar el pasado, por no confiar en un futuro para la filosofía.

En la última mitad del siglo pasado la filosofía había caído en tal estado de postración, se había reducido de tal modo su campo y su importancia, que su fin parecía inminente e irremediable. Groethuyssen dice que si en la época de Nietzsche se hubiese preguntado en Alemania qué es lo que se entendía por filosofía, se habría dado esta respuesta: "Lo que se entiende hoy por filosofía es una ciencia que abarca dos disciplinas: la psicología y la lógica, a las que habría que añadir la teoría del conocimiento. Los profesores que enseñan estas disciplinas añaden, generalmente, un curso de historia de la filosofía, unos para mostrar que siempre se ha estado equivocado al hacer filosofía y poner en guardia a los que la estudian contra los errores del pasado; otros para referir sencillamente lo que se ha hecho en este

dominio y explicarlo del mejor modo posible. Por otra parte, todos parecen estar convencidos de que nada habría que añadir a sus lecciones por lo que se refiere a los tiempos modernos". El mismo Nietzsche se hacía esta pregunta: "¿hay todavía filósofos?" y decía que "no se cree ya en los filósofos", pues aquellos a quienes se da este nombre no se atreven ya a ser filósofos; son gentes tímidas que se guarecen tras las ciencias, creyendo que así recobrarán el prestigio perdido; algunos se arrogan el derecho, que nadie les ha dado, de inspeccionar las ciencias y señalarles sus límites; otros en su afán de transformar la filosofía en ciencia tratan de reducirla a la teoría del conocimiento, con lo cual los filósofos se abstienen de entrar en la filosofía, deteniéndose en el umbral. En todo esto ve Nietzsche una filosofía avergonzada de sí misma. Lo cierto es que a finales del siglo pasado la filosofía había caído en tal estado de postración que o se la rehacía, dándole nueva vida y vigor, o se la condenaba a desaparecer.

La primera tarea de los filósofos tenía que ser la rehabilitación de la filosofía, separándola de las ciencias y procurando no incurrir en los errores de las construcciones sistemáticas, de tipo idealista, que habían provocado la reacción que ocasionó el descrédito de la filosofía.

La filosofía empieza por hacer un análisis de sí misma. Los filósofos que se toman la tarea de reconstruir la filosofía sienten como una necesidad plantearse el problema de la filosofía misma. Es como un acto de contricción de la filosofía para confesar sus pecados, arrepentirse de ellos y tratar de evitarlos en lo sucesivo, intentando una nueva vida que la regenere de sus miserias y le permita tomar una posición importante entre las actividades humanas.

Como es la primera vez que la filosofía ha estado en trance de muerte, por lo menos la primera vez que se ha dado cuenta del peligro que corría de perecer, es también la primera vez que se muestra a sí misma sus debilidades y miserias; la primera vez que el filósofo se critica en cuanto filósofo, es decir, que no critica a aquel cuyas ideas no comparte, sino que analiza los defectos del filósofo en su filosofar. Se trata de los defectos de uno mismo y de su tarea.

La causa fundamental de la decadencia de la filosofía es la contradicción de los sistemas filosóficos. Dice Dilthey que "entre las razones que constantemente ponen en guardia al escepticismo, una de las más fuertes es, seguramente, la anarquía de los sistemas filosóficos. Entre el conocimiento, que nos hace percibir su infinita variedad y la pretensión que tienen todos los filósofos de haber encontrado la verdad valedera para todos, hay una contradicción que impresiona más que cualquier

refutación de carácter puramente lógico y que parece dar la razón al escéptico. Formando un caos, cuyos límites nadie podría percibir, vemos extenderse los sistemas hasta perderse de vista, bajo formas siempre nuevas. Desde que ha habido filósofos, en todas las épocas, sus doctrinas han estado en contradicción, luchando unas con otras. Y nada nos anuncia una resolución que pueda poner fin al litigio". En este aspecto la filosofía de nuestro siglo tiene una posición antisistemática. Ya no es posible seguir con esas construcciones que partiendo de una idea, o de un postulado, tratan de resolver todos los problemas haciéndolos encajar en ella. No se puede, como hicieron las construcciones sistemáticas del idealismo, resolverlo todo de acuerdo a ideas preconcebidas, que son sentadas con anterioridad al planteamiento de los problemas. La solución de cada problema ha de surgir del problema mismo, no forzando soluciones, previstas de antemano, porque el problema es anterior a la solución.

Nietzsche dice, refiriéndose a los sistemas filosóficos: "Hemos de confesar con franqueza que esos soberbios edificios del pensamiento se han hundido y que en este sentido los esfuerzos de los filósofos han sido vanos. Así atribuiremos menos importancia a la construcción filosófica como tal, a las vistas de conjunto que presenta el edificio, que a los materiales de que se ha servido el filósofo para su construcción y que han conservado su valor aun después de destruido el edificio". Esta tendencia la podemos percibir hasta en las publicaciones de filosofía, en que predominan las monografías sobre problemas determinados.

El haber querido los filósofos hacer de la filosofía una ciencia fue lo que puso en peligro la existencia de la filosofía misma; era, pues, necesario hacerla independiente de la ciencia y darle vida y libertad. Los filósofos que intentan realizar esta separación entre filosofía y ciencia —Nietzsche, Dilthey, Simmel y Bergson— ven claramente que la filosofía y el filosofar es una necesidad del espíritu humano y que el hombre no puede prescindir de hacer filosofía, aun cuando sea sin esperanza de encontrar solución a los problemas que en ella se plantean. La filosofía no es una ciencia, nos dicen, porque no se funda en hechos ni en leyes derivadas de hechos, sino que la filosofía es una interpretación personal del mundo; filosofar es ver el mundo de acuerdo a nuestro temperamento y a nuestra valoración, optimista o pesimista, de la vida. Ahora bien, como las perspectivas desde las cuales se concibe el mundo son diversas y los hombres varían mucho unos de otros, las concepciones filosóficas también han de diferir entre sí. De aquí que la filosofía, a diferencia de las ciencias, no pueda ser anónima,



sino que siempre es filosofía de alguien; la filosofía no se puede concebir sin el filósofo. Tampoco se puede hablar ya de que mi filosofía sea verdadera, más que de un modo relativo, porque mi filosofía es mía, es mi modo de concebir e interpretar el mundo y las cosas, no la de otro.

Consiguieron así independizar la filosofía, separándola de las ciencias, que de ese modo recobró su importancia e influencia entre las actividades humanas. Lograron hacer de la filosofía algo muy bello y muy humano, pero al suprimirle la posibilidad de verdad le suprimieron también la posibilidad de error, lo que si bien la hacía inatacable, la hacía también indefendible. La filosofía así concebida suprime las aspiraciones de los filósofos de todas las épocas de encontrar la verdad y acaban hasta con el incentivo de la polémica, ya que el filósofo no puede esperar que su concepción se imponga, pues sabe que es sólo la suya.

La nueva filosofía, que apenas podemos vislumbrar, se presenta como una esperanza de que se supere el ocaso filosófico ocasionado por la técnica, y la independencia y separación de la lógica y de la psicología de la filosofía, se está desarrollando principalmente en Francia. Uno de estos filósofos, Maurice Clavel, decía irónicamente en 1970: "No hay pensador graduado en la Sorbona, desde hace quince años, que no sea hegeliano-freudo-marxista-heideggeriano-husserliano". Los franceses le echan la culpa a los alemanes de la decadencia de la filosofía. En América Latina la filosofía universitaria ha girado en torno a esos nombres a los que debemos añadir Bergson y Sartre, que son franceses, pero pudiéramos reducir la filosofía imperante a existencialismo y fenomenología. En enero de 1950 asistí al III Congreso Interamericano de Filosofía, realizado en México, cuyo tema era "El existencialismo" y la pregunta base decía: "¿Ha terminado el existencialismo con todas las tendencias filosóficas imperantes hasta hoy?". El último Congreso al que he asistido, fuera de Chile, fue el 2º Congreso Argentino de Filosofía, realizado en Córdoba en 1971, en el cual más de la mitad de las ponencias eran sobre existencialismo, en especial sobre Heidegger.

Analizaremos los fundamentos de la fenomenología y el existencialismo, que constituyen la base de la asignatura "Filosofía Contemporánea" en nuestras universidades. Creo que los filósofos de nuestro siglo, en su esfuerzo por dar a la filosofía un objeto y un método distinto al de las ciencias, han tenido una tendencia a lo concreto, a las cosas o las existencias, en vez de hacer abstracciones que tiendan a



resumir en una sola fórmula el universo. El esfuerzo de estos filósofos es similar al de Aristóteles con relación a las Ideas de Platón. Aristóteles creyó que el objeto de la filosofía no podían ser las Ideas, que Platón había instalado fuera de este mundo, pues las había puesto en el cielo (*topos uranos*), ya que consideró que lo que debíamos y podíamos comprender era este mundo de cosas individuales. Los filósofos de nuestro siglo quieren también traer a este mundo en que vivimos a la filosofía que, por efectos del exceso de especulación del Idealismo, se había alejado de él. El existencialismo quiere que el objeto de la filosofía sea la existencia, lo que está ahí, ya que éste es el significado de la palabra existencia.

La fenomenología es una de las corrientes filosóficas que quieren dar a la filosofía el reino de lo concreto. Esta doctrina es muy importante para comprender la génesis del existencialismo, pues tanto Heidegger como Sartre reconocen las raíces fenomenológicas de su filosofía. El pensamiento de Husserl participa de esa tendencia a lo concreto característica de la filosofía contemporánea, pues intenta hacer de la filosofía lo que pudiéramos llamar un positivismo integral, basándose en el principio positivista de atenerse a lo dado en cuanto dado; principio al que, según Husserl, no se atiene el positivismo, pues sustituye lo dado por teorías explicativas. Su máxima "a las cosas mismas" nos presenta, a primera vista, una filosofía que va a buscar lo concreto. La fenomenología, como un principio de principios, debe "tomar simplemente cuanto se ofrece a la intuición originaria, tal como se da, pero sólo en los límites en los cuales se da", sin tratar de explicarlo, pues toda explicación de lo dado no es más que sustituir lo dado por la explicación. Pero Husserl se aparta pronto de las cosas presentes para quedarse en la conciencia. El querer hacer de la fenomenología un conocimiento indiscutible y sin supuestos es la causa de su retiro a la conciencia como lo único inmediatamente evidente. Pero con esto ya no hay cosas de las que ha de tratar la filosofía, pues la conciencia, como "residuo fenomenológico", no es una región del ser entre otras, sino que es el ser absoluto. La conciencia, cerrada en sí misma, no dependiente de ninguna realidad externa, ni de ningún absoluto, es la condición de toda realidad y de toda experiencia. La conciencia resulta la existencia absoluta y fundamental.

Husserl considera que la actitud natural del hombre es la de tener en cuenta las cosas, pero cree necesario, para alcanzar un conocimiento fundamental, suspender esta actitud natural, poner entre paréntesis

toda realidad y abstenerse de hacer juicios sobre la existencia o inexistencia de las cosas exteriores.

La filosofía no logró tomar posesión de lo concreto, pues la filosofía, como la ciencia, trata de lo universal, no de lo concreto que es individual y en vez de generalizar sobre esencias generalizan sobre la existencia, que tomada genéricamente es una esencia. Pero los filósofos creyeron que habían puesto un pie en la tierra hasta el punto que Goblot ha podido decir: "El filósofo es el menos metafísico de los hombres; el sabio lo es un poco más que él; el hombre vulgar lo es perdidamente".

### IRRACIONALISMO

En el existencialismo se hace más patente la tendencia a lo concreto. Antes de intentar resolver el problema del ser es preciso analizar el único ser capaz de preguntarse por el ser. Lo fundamental, para Heidegger, es dilucidar la existencia del hombre concreto (*Dasein*). Este hombre concreto está en un mundo también concreto y en él tiene que habérselas, primariamente, con objetos manejables, los que, como tales, son igualmente concretos. Los útiles y el sistema de útiles en que éstos se agrupan se refieren siempre, por su parte, a hombres concretos.

Cuando el hombre quiere tratar de las cosas presentes, no puede emplear el método deductivo. Si los filósofos actuales quieren llegar hasta lo concreto, hasta las cosas mismas presentes ante nosotros, no podrán, para lograrlo, servirse del método deductivo, porque lo presente, las cosas en su variedad y complejidad inmediatas, el mundo en que vivimos, no pueden ser demostradas ni deducidas.

La deducción sólo puede aplicarse en un sistema que parta de premisas aceptadas; hay que partir de axiomas o conceptos como el Yo de Fichte o la Voluntad de Schopenhauer: "La filosofía así entendida", dice Bergson, "panteísta por necesidad, hallará asunto fácil explicar deductivamente todas las cosas, pues se habrá dado de antemano a sí misma, en un principio, que es concepto de conceptos, todo lo real y todo lo posible. Pero esta explicación será vaga e hipotética, esta unidad será artificial, esta filosofía sería igualmente aplicable a un mundo muy distinto".

La deducción presupone, necesariamente, un punto de partida del cual deducir y en el que debe encajar todo lo deducido. Pero lo presente, las cosas que están ante nosotros no es posible deducirlas



partiendo de premisas generales. Sería de todo punto imposible, partiendo de una idea, llegar a deducir que los hombres, al principio de su vida, son lactantes, que tienen cinco dedos en cada mano, que discuten por sus ideas políticas y que a algunos les agrada coleccionar sellos de correos.

Lo concreto no se deduce, simplemente se manifiesta a quien es capaz de captarlo. Por esto la filosofía actual distingue entre lo que se muestra y lo que se demuestra. Lo que se muestra es, precisamente, lo concreto, lo que está presente y que, como tal, no es susceptible de demostración. La demostración supone la aceptación de ciertos supuestos a base de los cuales se llega a determinadas conclusiones; la demostración, por el contrario, no parte de nada, pues lo que se muestra es siempre algo presente a aquel a quien se muestra y lo presente no necesita de nada para fundamentar su presencia, porque la presencia no se demuestra más que mostrándola.

Pero los filósofos de nuestro tiempo no se han limitado a señalar la imposibilidad de demostrar lo concreto, haciendo ver el error en que se había incurrido al confiar demasiado en el poder del razonamiento y al tratar de demostrar lo que no puede ser objeto de demostración, sino que han llegado a desconfiar de todas las facultades intelectuales del hombre como medio de adquirir conocimiento filosófico.

El irracionalismo —aunque no aceptado por todas las tendencias— es una nota típica de la filosofía de este siglo. Designaremos aquí, de un modo general, con el nombre de irracionalismo a toda tendencia filosófica que cree posible lograr conocimientos por medios distintos de la inteligencia. Para definir la inteligencia emplearemos los términos de Bergson, uno de los filósofos que creen en el conocimiento no intelectual. Pregunta Bergson: “¿Qué es, en efecto, la inteligencia?” y contesta: “La manera humana de pensar”. Por tanto, damos el nombre de irracionalismo a toda posición filosófica que juzga que es posible conocer sin pensar, o sea, que cree que el conocimiento puede alcanzarse por otras facultades psíquicas distintas de la inteligencia. En la mayoría de los casos los antiintelectualistas llegan a sostener que el conocimiento que se obtiene por funciones no intelectuales es más profundo, más fundamental y más auténtico que el conocimiento alcanzado por el pensamiento.

El irracionalismo se manifiesta en una actitud contraria a la lógica, que tiende a suprimir, rebajar o restringir el papel de las funciones lógicas del pensamiento y, también, en una búsqueda de otras activida-



des humanas, distintas de las intelectuales, que puedan dar un conocimiento allí donde falla la actividad intelectual.

“Yo he declarado la guerra al optimismo de los lógicos”, dice Nietzsche. Nietzsche es un poco anticuado y, por eso, respeta la norma tradicional de declarar la guerra a su enemigo, para que éste sepa que tiene que defenderse; los filósofos de nuestro tiempo, de acuerdo con las costumbres y métodos que marca la época, no declaran la guerra, simplemente la hacen. El intuicionismo bergsoniano, el emotivo y el volitivo, el pragmatismo y el existencialismo realizan una guerra de agresión contra la lógica, tratando unos de destruirla, otros de someterla para reducirla a una potencia de segundo orden y otros para arrebatárle parte del territorio sobre el cual ejerció un dominio que nadie le disputó ni lo consideró una usurpación.

Quizás hubiera tenido justificación una revolución contra la lógica y la inteligencia por abuso de poder, pero no una guerra de agresión para arrebatárle lo que por derecho le corresponde. Es verdad que en el pasado la inteligencia se había creído todopoderosa y había tratado de desterrar de lo humano los impulsos, el sentimiento y la voluntad, por irracionales, dando una definición lógica del hombre: “el hombre es un animal racional”.

El primer triunfo irracionalista se obtiene contra esta definición exclusivista del hombre. Se estableció, claramente, que el hombre no es un animal racional, sino un complejo de sentimientos, de impulsos, de voliciones y de inteligencia; amor y odio, crueldad y bondad, razón e imbecilidad, lucidez y tontería, todo es humano. El hombre es indefinible.

No es extraño que se haya tratado de invertir la definición clásica del hombre y que se haya sostenido que, efectivamente, el hombre es muy animal, pero de racional no tiene nada o tiene muy poco; Paul Rosenfeld nos habla de “la debilidad del elemento humano en la raza y la enormidad de nuestro pasado animal”.

Quizás era necesario una sublevación contra el optimismo de los lógicos, esto es, una sublevación contra la soberbia de la inteligencia humana que había llegado a creer que no existían límites en su poder de conocer. Era conveniente hacer ver a la inteligencia su limitación; mostrarle que ni lo conoce todo ni lo podrá conocer jamás; que ignora mucho más que conoce; que hay ciertos dominios en los que nunca podrá penetrar; que necesita de los sentidos, del sentimiento y de la voluntad para realizar su función de conocer.

Tradicionalmente se ha admitido, en psicología, la existencia de

tres facultades: la inteligencia, el sentimiento y la voluntad. A la inteligencia se le asignaba la función de conocer, al sentimiento la de sentir y a la voluntad la de obrar. Ahora se sostiene que el impulso vital, los sentimientos de angustia o de náusea y la voluntad ejercen funciones cognoscitivas y que aplicando estas facultades a la función de conocer ampliaríamos enormemente nuestro saber del mundo y de la vida, pues estas actividades triunfan donde la inteligencia fracasa.

Como toda oposición contra quien gobierna, las nuevas tendencias irracionalistas han tenido más éxito en su crítica contra la inteligencia que en la obra constructiva de suplantarla en la función de conocer. La labor crítica de la oposición es siempre más fácil que la tarea de gobernar. El irracionalismo triunfa al señalar la incapacidad de la inteligencia para resolver ciertos problemas, así como al hacer ver que necesita de otras facultades. Bergson nos dice que "el conocimiento no se resuelve enteramente en términos de inteligencia". Comparto esta opinión, así como también me parece evidente que la acción no se resuelve únicamente en términos de voluntad.

El sentimiento es más primario que el pensamiento y, por eso, es previo a éste, hasta el punto de que no se pensaría si no se sintiera; pero con esto sólo se prueba que el pensamiento es superior al sentimiento, pues lo superior necesita apoyarse en lo inferior para subsistir.

Con esto me propongo probar que aunque el conocimiento no se resuelve enteramente en términos de inteligencia, es imposible que haya un conocimiento sin pensamientos. Por mi parte he de confesar que me reconozco incapaz de adquirir conocimiento si no es por medio de pensamientos y que me creo incapaz de tener pensamientos como no sea pensando. He leído muchas de las maravillosas páginas, llenas de razonamientos, que se han escrito contra la inteligencia y la razón y no sólo no he conseguido, siguiendo sus indicaciones, llegar a alcanzar un conocimiento sin pensamientos, sino que me ha parecido que eran ganas de perder el tiempo tanto razonar para decirnos que no debemos razonar, pues el que quiere hacer una filosofía irracionalista no debe razonar, ni siquiera contra la razón.

La prueba más decisiva contra la posibilidad de adquirir conocimiento sin pensamiento está en la descripción fenomenológica del conocimiento, debida a Nicolai Hartmann, pero que ha sido expuesta en obras muy conocidas como "La teoría del conocimiento" de Hessen y en tratados de lógica, en los que se dedica un capítulo a la teoría del conocimiento. Para que exista conocimiento, nos dice esta descripción, son necesarios tres factores: sujeto cognoscente, objeto conocido y



juicio verdadero. Si no hay juicio podrá haber un pre-conocimiento, un pre-juicio, pero no un conocimiento, por tanto, si no hay pensamiento no habrá conocimiento, puesto que el juicio es un pensamiento en el que se afirma o niega algo de algo. Además, como la nota de verdad es necesaria para el conocimiento y no pueden ser verdaderas las cosas, ni los sentimientos ni la voluntad, sino únicamente los juicios, que son pensamientos enunciativos, resulta doblemente imposible un conocimiento sin pensamientos.

Por todo esto cuando algunos filósofos nos hablan de que la inteligencia tiene una incompreensión para la vida o para la existencia y de que es preciso usar procedimientos distintos de los intelectuales, para llegar a alcanzar lo que un objeto tiene de único e inexpresable, yo no puedo comprender cuál sea ese procedimiento que nos haga comprender lo incomprendible y expresar lo inexpresable. Para mí lo que es inexpresable no lo expresaremos y lo que es incomprendible no lo comprenderemos, pues de lo que es incomprendible no comprendemos más lo que no lo comprendemos y de lo que es inexpresable no podemos decir más que nada podemos decir.

El existencialismo, que es aún la filosofía dominante, al menos por estas tierras, mantiene una clara posición contraria a la lógica. Heidegger dice que frente a los problemas del ser y de la nada “la idea misma de la lógica se disuelve”. Si para Hegel “todo lo real es racional y todo lo racional real”, para el existencialismo podríamos invertir los términos y decir que “todo lo real es irracional (absurdo) y todo lo racional irreal”. Por irracional o absurdo entiendo no sólo lo que no es susceptible de demostración sino también lo que es incomprendible e inexplicable. “Esta planta —dice Sartre— existe en la medida en que yo no la puedo explicar”.

De aquí que los existencialistas inviertan el orden lógico del conocimiento y traten de deducir el pensamiento de la existencia. Berdiaeff dice: “Lo que hace el error del cogito de Descartes es que pretendía deducir la existencia del yo a partir de algo distinto, deducirla del pensamiento; pero en realidad no es porque pienso que yo existo. Por el contrario, pienso porque existo. Lo que hay que decir no es ‘pienso, luego soy’, sino ‘Existo rodeado de tinieblas, del infinito, luego pienso’ ”. Es evidente que pienso porque existo, ya que no pensaría si no existiera. Pero, por eso, de que pienso puedo deducir que existo, pero no al contrario, pues aunque la existencia es condición necesaria para el pensamiento, el pensar no es una condición necesaria para existir. Se puede existir sin pensar, pero no pensar sin existir.



Los existencialistas, al intentar deducir el pensamiento de la existencia, olvidan que el orden del conocimiento es el reverso del orden del ser y que el conocimiento de lo que es primero no es nunca el primer conocimiento. La lógica ha dejado de ser la moral de los pensadores.

#### LOS NUEVOS FILOSOFOS

No se puede pretender presentar un panorama de la filosofía que se está haciendo ahora, pues aunque tuviéramos todas las obras filosóficas dignas de estudio, nos faltaría la distancia temporal para ver el panorama, lo que se está viviendo nos impide ver el conjunto, como los árboles no dejan ver el bosque. Además es humanamente imposible conocer el pensamiento de todos los países en los últimos 20 años.

Pensé hablar de los filósofos españoles que están esparcidos por la faz de la tierra, pero la mayoría de ellos pertenecen a mi generación y cada uno tiene su propio pensamiento, lo que es característico del individualismo español excepto los seguidores de Ortega o los tomistas, cuyo pensamiento es conocido. Es decir, estos filósofos no constituyen un grupo homogéneo del que podamos analizar el espíritu común que los anima.

Hubiera tenido que reducirme a hablar de las dificultades y problemas que está enfrentando actualmente el quehacer filosófico sin hablar de nuevos filósofos, si no hubiera venido en mi ayuda un antiguo amigo, Guillermo Francovich, historiador de las ideas, al enviarme su excelente libro *El odio al pensamiento*, el que tiene como subtítulo: *Los nuevos filósofos franceses*, pues el grupo de jóvenes llamado por los periodistas los nuevos filósofos, tienen de común el estar unidos por su participación en los sucesos universitarios de mayo de 1968 y por su repudio a toda ideología.

Guillermo Francovich, como buen historiador de las ideas, es muy imparcial y expone los entusiasmos y los odios que las obras de este grupo han despertado, los que no constituyen una escuela por su repudio a todo tipo de sistema. André Glucksman, el más destacado del grupo, dice: "Los intelectuales magos que aportan al pueblo soluciones generales y definitivas tienden a desaparecer. Viene otra manera de ser intelectual, más modesta. La manera de actuar sobre puntos precisos". Esto no es ninguna novedad, pues el análisis y estudio de cada problema es una característica de la filosofía de nuestro siglo. Los más conocidos son: "André Glucksman, la figura central del grupo y el

más viejo de todos, aunque sólo tiene cuarenta y cinco años, es profesor de filosofía y autor de dos libros: *La cocinera y el comedor de hombres* y *Los amos del pensar*; Bernard-Henri Lévy que, además de profesor de filosofía, es editor, ha publicado *La barbarie con rostro humano*; Guy Lardreau y Cristian Jambet, también profesores de filosofía, escribieron juntos *El ángel*; Françoise Lévy enseña en la Facultad de Letras de Besançon y es autora de *Karl Marx, burgués alemán*; Jean Marie Benoist, profesor asistente del Colegio de Francia, tiene varios libros siendo el más importante *Marx está muerto*; Jean Paul Dollé, profesor de sociología en la Escuela de Bellas Artes de París, es autor de *Odio al pensamiento*; y finalmente, Michel Le Bris, cuyo libro más reciente se titula *El hombre de las sandalias de viento*:

París ha sido durante mucho tiempo el centro de la moda, pero parece que ahora la moda en el vestir, en los bailes y hasta en los escándalos sexuales viene de los Estados Unidos, especialmente de Hollywood y Nueva York. Pero París aún impone la moda en la literatura y en el pensamiento como ha sucedido con el existencialismo de Jean Paul Sartre, con el estructuralismo de Claude Lévy-Strauss, con el teatro del absurdo de Ionesco y más recientemente con los nuevos filósofos, algunos de cuyos libros han estado, a fines de la década del setenta, entre los *best-seller*, y los jóvenes que los periodistas han denominado nuevos filósofos se han hecho famosos por la polémica que en torno a ellos se ha desencadenado. Refiriéndose a ellos Max Gallo dijo: "París sigue siendo el alborotado centro de las modas".

Ha sido una característica de la filosofía de la segunda mitad de este siglo su politización, lo que la ha hecho polémica, pues toda posición política tiene partidarios y enemigos. Esto se ha hecho más evidente en el pensamiento, primero con el existencialismo de Sartre y ahora con los nuevos filósofos. En 1961 decía Merleau-Ponty: "Una cosa es cierta y es que la manía política entre los filósofos no ha hecho ni buena política ni buena filosofía". La historia nos muestra que los filósofos metidos a políticos dejaron la filosofía para fracasar en política.

Tanto la filosofía como la política de los nuevos filósofos se destaca por ser negativa, pues saben lo que no quieren, pero no lo que quieren. Francovich dice que "todos coinciden en una actitud de hostilidad implacable ante los dogmatismos ideológicos o filosóficos y principalmente frente al marxismo cuyo predominio es más patente en nuestros días. Todos están de acuerdo en que el pensamiento no puede aceptar la sumisión a dogmas que hacen de los hombres puros títeres intelectuales". Es natural que la oposición que sus ideas han provocado en los



grupos marxistas ha dado lugar a que sus conferencias hayan provocado verdaderos escándalos, lo que les ha servido de propaganda y ha llamado la atención sobre ellos. Y esto ha sucedido no sólo en Francia, sino también en Italia, México y Brasil, donde fueron en grupo a dar conferencias.

Veamos lo que rechazan o repudian. En primer lugar, repudian al poder como corruptor y reivindican el derecho de cada hombre a sus propias ideas, pues nadie tiene derecho a pensar por otro. Dollé dice del movimiento al que pertenece: "Somos el síntoma de algo más grande que la derecha y la izquierda, que los políticos ni siquiera imaginan". Maurice Clavel, que no es de los nuevos filósofos, pues tiene mucho más edad que ellos y que falleció en 1979 a los 58 años de edad, pero que tuvo simpatía por ellos, considera que su movimiento es el comienzo de una profunda revolución cultural a cuyo nacimiento estamos asistiendo, dice que "es una liberación de lo espiritual que vuelve a animar nuevas actitudes, nuevas interrogaciones y sin duda mañana nuevas afirmaciones". Pero hasta ahora no han surgido esas nuevas afirmaciones ni tampoco nuevas ideas.

El antidogmatismo y su oposición a la filosofía sistemática para atenerse a cada problema, no es nada nuevo que haya sido introducido por los nuevos filósofos franceses, pues es una característica de la filosofía de nuestro siglo y un ejemplo claro de esta posición es indiscutiblemente Nicolai Hartmann. Ya por los años 30 escribió Francisco Romero un artículo sobre Hartmann que tituló "Un filósofo de la problematicidad", que figura en su libro *Filosofía contemporánea*.

La politización de los nuevos filósofos tampoco es nueva, pues después de la Segunda Guerra Mundial ha habido mucha filosofía política, pero quizás la novedad está en sus actitudes contra toda política, pues los nuevos filósofos denuncian la intoxicación que en nuestros días sufre el pensamiento, pues consideran que la filosofía contemporánea está enferma de servidumbres ideológicas. Defienden la libertad de las mentes frente a cualquier ideología.

Aunque creo que la nueva filosofía ni es nueva ni es filosofía analizaré algunos aspectos de su intento de restaurar el quehacer filosófico que ha desaparecido, porque las ciencias humanas han absorbido a la filosofía y porque nuestra época se ha caracterizado por un odio al pensamiento. Benoist dice: "Como filósofo pienso que tenemos el deber de decir aquello que nuestros mayores no querían decir porque pensaban que las ciencias humanas habían liquidado de una vez por todas la filosofía y su modo de plantear sus cuestiones ... somos



una generación reencontrada. Reencontrada y renaciente, porque tenemos la esperanza filosófica que blandimos contra las certidumbres del dogmatismo y del cientificismo terrorista”.

El libro de Jean Paul Dollé es un intento de analizar la situación actual de la ciencia y la filosofía. Se llama el libro “El odio al pensamiento” y pone la siguiente frase de René Char:

—Ustedes obedecerán a sus puercos. Yo no me someto sino a mis dioses que no existen.

Con esta frase revela su admiración por el poeta Char y manifiesta su desprecio por el materialismo que domina todo en nuestra época. Dollé cree que vivimos en un desierto del pensamiento.

En su libro analiza el despoñismo de las ciencias que se consideran a sí mismas indiscutibles. “Cuando murió la filosofía las ciencias ocuparon el lugar que dejó vacío. Las ciencias son producto del pensamiento filosófico. Este dio a los hombres la noción de objetividad y el principio de causalidad que son los elementos básicos del saber científico”. La hegemonía de las ciencias comenzó cuando Galileo independizó la física de la filosofía. Desde entonces las ciencias vinieron adquiriendo un poder que ahora es absoluto porque permite conocer las cosas y manejarlas.

Pero las ciencias se reducen al método científico, que es un camino de acuerdo a la etimología de la palabra; por eso se han convertido en una metodología que no sabe de dónde viene ni a dónde va.

La crisis del pensamiento, dice Dollé, produjo la crisis moral. El siglo XX asiste al retorno del mal absoluto. Enfrentamos situaciones en que todo puede volver al caos del cual el pensamiento sacó al hombre un día. La dominación de la naturaleza ha resultado una verdadera devastación.

En declaraciones a Paugam, que transcribo del libro de Franco-vich, dice Dollé: “Creo que en este momento la única cosa importante es suscitar y desarrollar un inmenso movimiento filosófico y poético. Nada prueba que ese movimiento triunfará. Pero mi deseo es hacer en este sentido todo lo posible a fin de que haya cualquier cosa y no la nada en que estamos actualmente”. Dollé cree que en nuestros días un renacimiento del pensar filosófico está en marcha, tratando de llenar el vacío de la vida contemporánea.

Lo extraordinario de estos filósofos es el éxito editorial y de público que han tenido y las pasiones que han despertado. Glucksman ha dicho: “La nueva filosofía encuentra afables refutadores que le dan cada vez más vida”.

Terminaré analizando el estado actual de la filosofía que es perceptible, por el que se ha dedicado al quehacer filosófico, aunque no conozca las obras más recientes de los países productores de filosofía. Sobre todo es necesario resaltar la diferencia de la crisis que experimentó la filosofía hace un siglo, como consecuencia del positivismo, con la crisis actual.

A fines del pasado siglo la filosofía quiso hacerse ciencia y disputar un dominio que de derecho pertenecía a la ciencia, pues la filosofía, como vimos, estaba formada por tres disciplinas: la psicología, la lógica y la teoría del conocimiento, además de la historia de la filosofía. Lo que no se atendía al espíritu positivo, como la metafísica, no se consideraba. Los psicólogos y lógicos podían pasar por científicos. Hoy lo son.

En primer lugar, nadie pretende hoy que la psicología sea una disciplina filosófica, sino que es una ciencia del tipo de la medicina, que ha creado también una técnica para el diagnóstico y tratamiento de las perturbaciones psíquicas. Universitariamente la psicología está tan desligada de la filosofía como la fisiología.

En lo que se refiere a la lógica se considera por algunos filósofos que es una disciplina filosófica y en los estudios de filosofía se suele incluir la asignatura lógica. Pero me atrevo a decir que lo más frecuente es que los lógicos no sepan filosofía ni los filósofos lógica. Bochenski, analizando la cuestión “¿cómo se relacionan entre sí la lógica y la ontología?” —y en vez de ontología podríamos decir filosofía, pues la ontología es la filosofía primera— dice: “Una de las razones que prevalece en las investigaciones infortunadas de este problema puede ser prontamente identificada: la ignorancia. La mayor parte de los ontólogos no conocen ni siquiera el *abecé* de la lógica. Pero lo contrario también es cierto: la mayoría de los lógicos no tienen la menor idea de qué pueda ser la ontología. Con frecuencia estas deficiencias están combinadas, por ambos lados, con juicios de valor de una especie poco gentil. Así, para la mayoría de los ontólogos la lógica parece ser una disciplina poco seria, aunque conceden que proporciona (hélas!) ciertos resultados prácticos para las ciencias de la computación. Por otra parte, la ontología es, según la estimación de muchos lógicos, simplemente un sinsentido”. La lógica es hoy *Principia Mathematica*, Principios de la Matemática, una ciencia formal axiomatizada que, como fundamento de las matemáticas, es la matemática primera. Las disciplinas filosóficas que eran ciencia han dejado de ser filosofía.

Por otra parte, nuestra época ya no es científica, sino técnica. Ahora no se trata de descubrir verdades científicas, sino, como dice

Zubirí, nuestra época ha tratado de seleccionar las verdades por su utilidad y de promover aquella parte de la ciencia que desemboque en técnica, que sea útil. La investigación científica se ha orientado, fundamentalmente, hacia la técnica, hasta el punto que hay países, como sucedía en Chile, en que un tanto por ciento del presupuesto nacional destinado a la investigación científica en las universidades, tenía como condición legal para su empleo el que se destinase a investigaciones que repercutan en la producción, esto es, sólo a investigaciones técnicas.

Los filósofos podían decir a principios de siglo que ellos eran científicos porque descubrían verdades al igual que los científicos; además, como hacían una filosofía de las ciencias, consideraron que la filosofía era la ciencia de las ciencias, pero resulta indiscutible que hoy no pueden exhibir ninguna invención ni producción técnica que tenga su origen en la filosofía, de ahí su inutilidad y lo inútil no tiene ningún sentido en un mundo regido por la utilidad. Ni siquiera la ética tiene un papel o un sentido en un mundo utilitario, pues la virtud nunca ha sido un buen negocio. En un mundo técnico y monetarista carecen de sentido el pensar filosófico y los pensadores. De aquí el odio al pensamiento y a los pensadores que destacan los nuevos filósofos. Lo curioso es que los llamados nuevos filósofos no han unido el odio al pensamiento con el combate a la lógica que ha caracterizado al existencialismo y otros tipos de filosofía que podemos llamar irracional. El absurdo está primando en el mundo de hoy. En vez de los valores humanos priman los valores y las acciones inhumanas. Nos bastará echar una mirada a las informaciones diarias para comprobar que estamos en un mundo amoral y alógico.

La crisis de hoy es una crisis moral, en eso todos están de acuerdo, aun cuando pocos sepan qué es una acción moral y qué significa la palabra ética. Debemos recordar que la ética es filosofía práctica que trata de contestar a la pregunta: ¿qué debemos hacer? La contestación parece muy fácil y se nos ha dicho ¡haz el bien y evita el mal! Este imperativo no nos dice nada, porque no sabemos qué es el bien y el mal y en el mundo actual es bueno lo que me conviene y es malo lo que no me conviene. En todo lo humano hay un imperativo de acción: ¡escribe tu obra!, ¡estudia!, ¡realiza tu obra artística! La lógica es la moral de los pensadores y la ética es la disciplina que se preocupa de cómo debe ser la acción humana y cómo aplicarla a cada situación. La falta de reflexión ética es uno de los grandes vacíos del mundo actual, hasta el punto que he leído varias veces que la moral debe pasar al campo económico que es uno de los campos menos morales que existen.



Hace algunos años, en un Congreso de Filosofía, el filósofo alemán Szilasi preguntaba: ¿qué tareas tiene la filosofía en el futuro inmediato? Yo diría que en el mundo actual hay muchos profesores de filosofía y pocos filósofos y como vivimos pasando de sensación en sensación no hay tiempo para la reflexión y en muchas partes se ha privado a los pensadores de sus revistas y medios de expresión, pues no hay tiempo para meditar y estudiar y reflexionar de cosas tan inútiles como el deber o el ser. Los profesores de filosofía se han especializado en un filósofo y en clases y artículos comentan a su pensador.

Los problemas filosóficos resultan difíciles porque requieren ser estudiados y meditados y la vida de hoy es compleja y acelerada y no hay tiempo para detenerse a pensar y razonar sobre: ¿qué es el bien?, ¿qué debo hacer?, ¿qué es la vida?, ¿qué es la muerte?

Pero estas preguntas se las ha hecho siempre el hombre y se las seguirá haciendo porque son preguntas vitales. El utilitarismo materialista que todo lo abarca en nuestros días ha de pasar y cobrar importancia los valores espirituales y en la vida espiritual la filosofía juega un papel importante, pues los valores espirituales son los valores lógicos o teóricos, los éticos, los estéticos y los religiosos.